

Los agentes de cambio y la acción no violenta *

Por Hardy Merriman

La acción no violenta es una forma a través de la cual la gente común lucha por sus derechos, libertad y justicia. Por lo general, está asociada con la no violencia moral o ética, pero aquí la abordaré como un fenómeno distinto, separada de cualquier fundamento moral o ético. Por otro lado, también abundaré en cómo este tipo de acción funciona como una forma pragmática para ejercer influencia en un conflicto.

La acción no violenta se basa en la idea de que el poder en una sociedad deriva, en última instancia, del consentimiento y obediencia de la gente. Sin embargo, la opinión predominante es que el poder en una sociedad reside intrínsecamente en quien concentra la riqueza y la mayor capacidad para ejercer la violencia. No obstante, así como la economía también es un subsistema de la biosfera—y, por lo tanto, básicamente está gobernada por las leyes de la misma—, los sistemas de poder que aparentemente se basan en la violencia y el dinero son en realidad subsistemas de miles o millones de patrones de obediencia y comportamiento de la gente. Si esas personas cambian sus lealtades, su comportamiento y obediencia, el equilibrio de poder de una sociedad, o el mundo, también cambia. En pocas palabras, si la gente no obedece, los gobernantes o las corporaciones no pueden gobernar.

Por lo tanto, la acción no violenta ejerce el poder al crear cambios en las lealtades de las personas y en sus patrones de comportamiento y obediencia a un nivel colectivo. Esto puede ocurrir dramáticamente, por ejemplo, como cuando por momentos ocurrió durante la lucha por la independencia de la India, en el movimiento por los Derechos Civiles de EEUU, en distintas luchas sindicales (como en el movimiento del Sindicato de Trabajadores Agrícolas de los EEUU en los años sesenta), así como en la caída de Fernando Marcos (1986), de Augusto Pinochet (1988), del Apartheid en Sudáfrica (1980 a 1990), Slobodan Milosevic (2000), y el sistema autoritario ucraniano (2004). Por otro lado, los cambios también pueden ocurrir de manera más sutil, como cuando las personas eligen comprar en negocios locales, boicotear un producto, o al trabajar en el desarrollo de instituciones y economías alternativas. Independientemente de la infinidad de métodos y manifestaciones, todas las acciones no violentas se insertan en tres categorías: actos de comisión—esto es, personas que hacen cosas que no son esperadas o permitidas; actos de omisión—esto es, que las personas no hagan cosas que se espera, se supone o se requiere que hagan; o una combinación de ambos.

Con el fin de promover cambios en los patrones de obediencia y comportamiento de las personas, es importante entender en primer lugar por qué las personas obedecen y se comportan de la forma en que lo hacen. Las razones pueden diferir en distintas sociedades, pero los dos motivos más

comunes para la obediencia que he encontrado en mi trabajo con activistas y organizadores en todo el mundo son: que las personas sienten que no hay otra alternativa para su comportamiento, y que no confían en que sus acciones puedan hacer la diferencia. Desafortunadamente, mucha gente se olvida que ellos son los verdaderos poseedores del poder en su sociedad. No hay duda alguna de que la educación formal, las corporaciones, los gobiernos y los medios refuerzan la narrativa de que el poder reside entre unos pocos individuos en un edificio de gobierno o en las sedes corporativas, y que el dinero y las armas (monopolizadas por estos mismos personajes) son la principal fuente de fuerza. Este discurso se adapta bien a sus propósitos. Sin embargo, a lo largo de la historia, los movimientos no violentos exitosos han despertado a las personas ante el hecho de que, a través de acciones colectivas, aquellos que están organizados alrededor de una visión común y actúan estratégicamente son mucho más fuertes que los ejércitos y el dinero. Cualquier movimiento comunitario contemporáneo que quiera ganar terreno debería tomar nota de este hecho y, como punto central de su retórica, recordar a las personas del poder que son capaces de ejercer.

Dando un paso más adelante, los movimientos exitosos no solo les dicen a las personas que son poderosas, sino que también demuestran el poder de la gente al establecer objetivos claros y alcanzables para luego documentar y difundir sus victorias. Las victorias en sí pueden ser limitadas, pero su impacto en la movilización de las personas puede ser enorme. Por ejemplo, el movimiento por los Derechos Civiles de los EEUU concentró su fuerza en eliminar la segregación en los autobuses de Montgomery, Alabama entre 1955 y 1956 y en terminar con la segregación de los mostradores de las cafeterías de Nashville. Entre 1930 y 1931, el movimiento por la independencia de la India enfocó sus esfuerzos en obtener concesiones de los británicos en las Leyes de la Sal y otras leyes. Una vez logrados, estos objetivos resultaron pequeños en comparación con la gigantesca tarea de derrocar la segregación en todo el sur de los Estados Unidos o ganar la independencia de la India. Sin embargo, su verdadero impacto estuvo en su efecto catalizador dentro de los movimientos mismos. Estas victorias le mostraron a la gente que sus acciones importaban y podían hacer la diferencia, lo que llevó a un gran aumento en el apoyo y movilización, y propulsó a estos movimientos a la escena central nacional e internacional.

Estos objetivos no se lograron simplemente porque el movimiento por los Derechos Civiles en los EEUU o el movimiento por la independencia de la India ocuparon un terreno moral superior. También se lograron por el trabajo duro, la creatividad y un hábil análisis político. A fin de cuentas, estos elementos son los que rigen todas las acciones no violentas exitosas. Sin embargo, muchos niegan este hecho y en cambio suponen que la acción no violenta consiste fundamentalmente en manifestaciones públicas, expresiones de indignación, mandatos morales; o que su éxito depende de un líder carismático o algún tipo de poder místico. Esto no es así. Tampoco requiere de personas comprometidas ideológicamente con el pacifismo o la no violencia ética. Lo que sí requiere es una visión inclusiva que siembre unidad entre las personas, una sólida planificación estratégica,

comunicaciones públicas efectivas, y la identificación de métodos apropiados para la situación. No hay una receta única para todos, la acción noviolenta depende del lugar en cuestión. Si bien los principios que la rigen, como el del poder que se basa en el consentimiento y la obediencia, son constantes en todas las luchas, su aplicación depende del contexto y las particularidades de una sociedad determinada. Ya sea que se manifieste como una acción pública audaz, cambios sutiles en hábitos de consumo, o ambos (la mayoría de los movimientos tienen una amplia variedad de tácticas diseñadas para ser utilizadas por personas con distintos niveles de participación), la acción noviolenta proporciona una opción para que la gente utilice o pueda crear un espacio político en su sociedad, desde donde se puedan aprovechar las concesiones de tener un adversario atrincherado.

Afortunadamente, se ha realizado una gran cantidad de trabajo intelectual, de comunicación y de investigación sobre cómo las personas pueden utilizar la acción noviolenta, y sobre cómo otros a lo largo de la historia han trabajado para alcanzar grandes resultados. La demanda por este conocimiento aumenta entre aquellos que reconocen el poder y potencial de la acción noviolenta. No podrán leer sobre esto en la mayoría de los diarios, y no encontrarán a muchos políticos hablando del tema, pero si se habla con organizadores comunitarios y miembros de la sociedad civil en todo el mundo, ellos se lo contarán. Estas personas también reconocen que son los agentes de cambio de una sociedad, y que el cambio estructural se crea de abajo hacia arriba. Asimismo, no están esperando que una persona los guíe, ya que entienden que la mayor parte del gobierno y los líderes corporativos no tomarán la iniciativa para hacer lo correcto si sus poblaciones no están comprometidas y no conocen los medios para obligarlos a rendir cuentas. Por lo tanto, la gente alrededor del mundo cada vez está mirando más hacia la acción noviolenta (que se puede aplicar junto con el voto, el sistema legal o los medios tradicionales de cambio) como una forma pragmática de empoderar a sus comunidades para lograr derechos humanos, justicia, transparencia, derechos para las mujeres, indígenas y minorías, así como protección del medio ambiente. Independientemente del objetivo por el que se utiliza la acción noviolenta, el requisito previo es el mismo: un replanteamiento del concepto de poder por parte de las personas. El compartir este conocimiento y despertar en las personas la consciencia de su poder es una tarea esencial para cambiar el rumbo de la humanidad.

*Una versión ligeramente modificada de este ensayo apareció en: *Conservation Biology*, Volumen 22, No. 2, abril de 2008 pp. 241-2.